

«El cuerpo del alto y poderoso señor, Renato de Chateaubriand, caballero, conde de Combourg, señor de Ganges, del Plessis-l'Épine, de Boulet, de Males-troit en Dol, y de otros lugares, esposo de la alta y poderosa señora, Apolina Juana Susana de Bedée, de la Bonetardais señora condesa de Combourg, de sesenta y nueve años de edad próximamente, muerto en su castillo de Combourg el 6 de setiembre á las ocho de la noche, fue inhumado el 8 en el subterráneo del dicho señorío y colocado en la bóveda de nuestra iglesia de Combourg en presencia de los hidalgos, de los señores oficiales de la jurisdicción, y de otros vecinos notables que abajo firman.—El conde del Petitbois, de Monlouet, de Chateaudassy, Delaunay, Morault, Noury de Mauny, abogado; Hermer, procurador; Petit, abogado y procurador fiscal; Robiou, Portal, Le Donarin, de Trevélec, rector decano de Dingé; Sevin, rector.»

En la copia expedida en 1812 por Mr. Lodin, *mairre* de Combourg, las diez y nueve palabras de los títulos *alto y poderoso señor* etc., fueron suprimidas. »Extracto del libro de defunciones de la ciudad de Saint-Servant, primer distrito del departamento de l'Ille-et-Vilaine del año y de la república, folio 35, en el cual se halla escrito lo que sigue:

«El doce prarial, año vi de la república francesa, comparecieron ante mí Santiago Bourdeasse, oficial municipal de la jurisdicción de Saint-Servant, electo oficial público el 4 floreal último; Juan Baslé, jardinero, y José Boulin, jornalero, los cuales me declararon que Apolina Juana Susana de Bedée, viuda de Renato Augusto de Chateaubriand, falleció en casa de la ciudadana Gouyon, situada en la Ballue, dicho día á la una de la tarde. Despues de haberme cerciorado de la verdad de esta declaración, estendí la presente acta, que firma solo conmigo Juan Baslé, por haber declarado José Boulin que no sabia hacerlo.

»Dado en la casa consistorial dicho día y año. Firmado, Juan Baslé y Bourdasse.»

En el primer extracto se ve que subsiste aun la antigua sociedad: Mr. de Chateaubriand es un *alto y poderoso señor* etc.; los testigos son *los hidalgos y los vecinos notables*: entre los firmantes figuran aquel marqués de Monlouet, que hacia noche en el invierno en el castillo de Combourg, y el cura Sevin, á quien costó tanto trabajo creer que yo era autor de *El Genio del Cristianismo*, fieles amigos de mi padre, que le acompañaron hasta su última morada... Pero mi padre no permaneció mucho tiempo envuelto en su sudario: Mr. de Chateaubriand fue sacado de él cuando se desquició la antigua Francia.

En el extracto mortuario de mi madre la tierra rodaba ya sobre otros polos: nuevo mundo, nueva era, el cómputo de los años y hasta los nombres de los meses fueron alterados. Mad. de Chateaubriand no es mas que una pobre mujer que murió en el domicilio de la *ciudadana* Gouyon: un jardinero y un jornalero que no sabe firmar atestiguan la muerte de mi madre; ni un pariente ni un amigo siquiera; ninguna pompa fúnebre: la revolución (1) fue su único acompañamiento.

Berlin marzo de 1821.

LÁGRIMAS.—¿HUBIERA LLEGADO YO A OBTENER EL APRE-
CIO DE MI PADRE?

Yo lloré á Mr. de Chateaubriand. Su muerte me demostró mas evidentemente lo que valia, y se borraron de mi memoria sus rigores y debilidades. Creia estar le viendo todavía paseándose por la noche en la sala

(1) Mi sobrino, Federico de Chateaubriand, hijo de mi primo Arnando, comp:ó despues la Ballue, donde murió mi madre, segun es costumbre en Bretaña.

de Combourg, y no podía menos de enternecerme al recordar aquellas escenas de familia. Si el afecto de mi padre hacia mí se resentia de la severidad de su carácter, en el fondo no era por eso menos vivo. El feroz mariscal de Montluc, que postrado por sus dolorosas heridas se veia reducido á ocultar bajo un pedazo de lienzo el horror de se gloria; aquel hombre, que lo llevaba todo á sangre y fuego, se echaba en cara su dureza hácia un hijo que acababa de perder.

«Ese pobre muchacho, decía, no ha visto en mí mas que frialdad y desprecio; ese infeliz ha bajado al sepulcro en la creencia de que yo no he sabido amarle y apreciarle segun merecia. ¿A cuándo aguardaba yo á manifestarle este afecto singular que le profesaba en el fondo de mi alma? ¿Era él por ventura quien debía dulcificar los placeres y cargar con el peso de todas las obligaciones? He hecho grandes é incómodos esfuerzos por conservar esta vana máscara que me ha privado del encanto de su conversacion y de su afecto, que no habrá podido menos de ser muy tibio, no habiendo recibido nunca de mí mas que un tratamiento rudo y tirano.»

El afecto que yo profesaba á mi padre *no tenia nada de tibio*, y estoy seguro que, á pesar de su *tratamiento tiránico*, me amaba con ternura, y de que me hubiera llorado si la Providencia me hubiese llamado á sí. ¿Se hubiera empero mostrado sensible á mi fama si hubiéramos permanecido los dos sobre la tierra? Un renombre literario hubiera herido quizás su orgullo aristocrático; quizás hubiera creído que su hijo habia degenerado por su inclinacion á las letras. La embajada misma de Berlin, conquistada por la pluma y no por la espada, no le hubiera satisfecho. Su sangre bretona le impelia por otra parte á burlarse de la política, á ser contrario á los impuestos y enemigo declarado de la corte. Leia la *Gaceta de Leyde*, el *Diario de Francfort*, el *Mercurio de Francia*, y la *Historia filosófica de las dos Indias*, cuyo declamatorio estilo le encantaba, y llamaba al abate Reynald un *grande hombre*. En diplomacia era anti-musulman, y afirmaba que cuarenta mil *picaros rusos*, pasarian sobre el vientre de los genizaros y tomarian á Constantinopla. Pero aunque turcófago, mi padre conservaba en su corazon un profundo rencor á los *picaros rusos*, originado de los encuentros que tuvo con ellos en Dantzick.

Yo tambien participo en cierto modo de la opinion de Mr. de Chateaubriand sobre las reputaciones literarias ó de otro género, aunque por razones muy diferentes de las suyas. No conozco en la historia un renombre que escite mi envidia; y aun cuando no tuviera que hacer mas que bajarme al suelo para recoger en provecho mio la gloria mas ilustre del mundo, no me tomara ese trabajo. Si hubiera estado en mi mano, hubiera nacido mujer, por la pasion que me inspira este sexo; ó en el caso de que me hubiera decidido por ser hombre, me hubiera colmado de belleza; además, y por vía de precaucion contra el fastidio, mi enemigo encarnizado, hubiera sido para mí asaz conveniente ser un artista superior, pero desconocido, y no hacer uso de mi talento sino en beneficio de mi soledad. En la vida, pesada en su balanza mas ligera, regulada por su medida mas corta, no hay mas que dos cosas verdaderas: la religion con la inteligencia; el amor con la juventud; es decir, lo porvenir y lo presente: lo demás no vale la pena.

El primer acto del drama de mi vida terminaba con la muerte de mi padre, cuyos hogares quedaron vacíos: yo los compadecia como si hubiesen sido capaces de sentir el abandono y la soledad. Esta desgracia me dejaba dueño de mí mismo y en el pleno goce de mi fortuna. ¿pero qué iba yo á hacer de esta libertad? ¿A quién habia de entregársela? Tenia desconfianza de mis propias fuerzas, y retrocedia ante mí mismo.

Berlin marzo de 1821.

REGRESO Á BRETAÑA.—MI ESTANCIA EN CASA DE MI HER-
MANA MAYOR. MI HERMANO ME LLAMA Á PARÍS.

Algun tiempo despues de haber sido destinado al regimiento, obtuve una licencia. Mr. de Andrezel nombrado gobernador de Picardía, debia abandonar tambien á Cambray; yo le serví de correo. Pasé por París, donde no quise detenerme ni un cuarto de hora, y volví á ver los arenales de mi Bretaña con mas gozo del que experimentaria un napolitano desterrado en nuestros climas al volver á ver las orillas de Pórtici y los campos de Sorrento. Reunióse mi familia en Combourg, arregláronse las particiones, y concluido esto, nos dispersamos todos como los pájaros que echan á volar del nido paterno. Mi hermano, que habia venido de París, regresó á él; mi madre se fijó en Saint-Malo, Lucila siguió á Julia, y yo fui á pasar parte del tiempo que me concedia mi licencia con las señoras de Marigny, de Chateaubourg y de Tarcy. El castillo de Marigny, donde habitaba mi hermana mayor y que distaba tres leguas de Tongerés, se hallaba situado entre dos estanques y circundado de bosques, de rocas y de praderas. Ya hacia algunos meses que disfrutaba en él de la mayor tranquilidad, cuando una carta de París vino á turbar mi reposo.

Cuando mi hermano se disponia á entrar en el servicio y á casarse con la señorita de Rosambo, no habia dejado aun la toga, por cuya razon no podia aun gastar carruaje. Su impetuosa ambicion le sugirió la idea de hacerle gozar de los honores de la corte, con el objeto de facilitar el camino de su elevacion. Como Lucila habia tenido que hacer las pruebas de nobleza para ser recibida en el capítulo de la Argentiére, todo estaba ya preparado: el mariscal de Duras debia ser su padrino. Mi hermano me decía en su carta que iba á entrar en el camino de la fortuna; que por de pronto obtenia el rango de capitán de caballería, rango honorífico y de distincion, que facilitaria mi entrada en la órden de Malta, lo cual me proporcionaria el goce de cuantiosas rentas. Esta carta me hirió, como si hubiera sido un rayo. ¿volver á París, ser presentado á la corte, yo, que casi me ponía malo cuando hallaba en un salon tres ó cuatro personas desconocidas! ¿Hacerme comprender la ambicion, á mí, cuyos dorados sueños no eran otros que el vivir olvidado.

Mi primer impulso me condujo á contestar á mi hermano que, puesto que él era el primogénito, á él era á quien correspondia sostener su nombre; que por mi parte, oscuro segundón de la Bretaña, no me retiraria del servicio, porque habia probabilidades de una guerra; pero que si el rey tenia necesidad de un soldado en su ejército, no la tenia en su corte de un pobre hidalgo.

Apresuréme á leer esta contestacion romancesca á Mad. de Marigny, que puso el grito en el cielo al escucharla; vino despues Mad. de Tarcy, la cual se burló de mí completamente, y Lucila que se hubiera puesto de mi parte de muy buen grado, no osaba combatir la opinion de sus hermanas. Arrancáronme la carta de mis manos, y como soy muy débil siempre que se trata de mí, escribí á mi hermano que estaba pronto á ponerme en camino.

Partí en efecto, y aun cuando iba á ser presentado á la primera corte de Europa y á verificar mi entrada en la vida de la manera mas brillante, llevaba el aspecto de un hombre á quien se conduce á las galeras, ó sobre el cual se va á pronunciar una sentencia de muerte.

Berlin marzo de 1821.

MI VIDA SOLITARIA EN PARÍS.

Entré en París por el camino que habia seguido la vez primera, y fui á parar á la misma fonda, calle del Mail: era la única que conocia. Alojaronme en un cuarto, cuya puerta daba al frente de mi antigua habitacion, pero que era mucho mas grande y tenia vistas á la calle.

Mi hermano, bien fuese por lo embarazoso de mis modales, fuese por compasion á mi timidez, no me presentó á sociedad alguna, ni me obligó á contraer relaciones con nadie. Su casa estaba situada en la calle de los Fossés-Montmartre; iba á comer con él todos los dias á las tres, y en seguida nos separábamos, y no volvíamos á vernos hasta el dia siguiente. Mi robusto primo Moreau no se hallaba en París. Pasé dos ó tres veces por la puerta de la casa de Mad. de Chatenay sin atreverme á preguntar al portero lo que habia sido de ella.

Cuando llegué á París estábamos á principio del otoño. Levantábame á las seis de la mañana: me iba al picadero, y regresaba despues á almorzar. Tenia entonces furor por el griego, y traducia la *Odisea* y la *Cyropedia*, alternando en este trabajo con estudios históricos hasta las dos, á cuya hora me vestia para ir á casa de mi hermano, el cual me preguntaba lo que habia hecho y visto. Yo le respondia que «nada», y me volvía la espalda encogiéndose de hombros. Un dia que se oia ruido en la calle, corrió mi hermano á la ventana, y me llamó para que me asomase á ella; pero no habiendo yo querido levantarme del sillón en que me hallaba sentado, mi pobre hermano me predijo que moriria oscurecido y que seria inútil para mí y para mi familia.

A las cuatro de la tarde regresaba á mi habitacion, y me sentaba detrás de la ventana. Dos jóvenes de quince á diez y seis años, que se ponian á dibujar á esta misma hora en el balcon de la casa de enfrente, habian notado mi regularidad, como yo habia notado la suya. De vez en cuando alzaban la cabeza para mirar á su vecino, y yo les agradecia en el alma esta muestra de atencion. Aquellas dos muchachas eran en París mi única sociedad.

Al anochecer me iba á cualquier teatro: el aislamiento entre el bullicio del mundo era muy de mi agrado, si bien tenia siempre alguna repugnancia al tomar mi billete á la puerta y al mezclarme entre la muchedumbre. Rectifiqué las ideas que me habia formado acerca del teatro en Saint-Malo; ví á Mad. de Saint-Huberti en el papel de Armida, y conocí que faltaba alguna cosa á la maga de mi creacion. Cuando no me encerraba en el teatro de la Opera ó en el Francés, me paseaba por las calles ó á lo largo de los muelles, hasta las diez ó las once de la noche. En la actualidad todavia no puedo ver la hilera que forman los reverberos desde la plaza de Luis XV hasta la barrera de los Bons-Hommes sin acordarme de la angustia que sufrí en este sitio cuando fui á Versailles para mi presentacion.

Por la noche, cuando me retiraba á casa, pasaba una parte de la velada con los ojos fijos en el fuego que ardia en mi chimenea, el cual no me decía nada; mi imaginacion no era tan rica como la de los persas para figurarme que la llama se parecia á la anémona y las ascuas á la granada. El ruido de los carruajes que iban y venian en diferentes direcciones lo equivocaba con el murmullo de la mar de mi Bretaña ó el del viento en mis bosques de Combourg. El ruido del mundo, que me recordaba el de la soledad, despertaba mis penas: unas veces evocaba mi dolencia antigua, y otras inventaba mi imaginacion la historia de los

personajes que iban dentro de los coches, haciéndome ver salones brillantes, bailes, amores y conquistas. Pero bien pronto volvía en mí, me hallaba desamparado y solo en una hostería, viendo el mundo por la ventana, y oyéndole al través del chisporroteo del fuego de mi chimenea.

Creyó Rousseau que su sinceridad y la enseñanza humana exigían que confesase los deleites ilícitos de su vida: y hasta supuso que se le interrogaba gravemente pidiéndole cuenta de sus pecados con las *donne pericolanti*, de Venecia. Si yo me hubiese prostituido á las cortesanas de París, no juzgaría por eso que la posteridad necesitaba saberlo; pero era demasiado tímido por una parte y demasiado fantástico por otra, para que me sedujesen mozelas de la vida airada. Aversión y horror eran los únicos sentimientos que me inspiraban aquellas infelices cuando pasaba por en medio de ellas y las veía asaltar á los transeúntes para llevarse á sus entresueños, como los asaltan los cocheros de Saint-Cloud para obligarlos á entrar en sus carruajes. Estos placeres azarosos solo me hubieran convenido en otra época.

En los siglos XIV, XV, XVI y XVII, la imperfección de la civilización, la superstición en las creencias y la barbarie de las costumbres, prestaban á todo un aspecto novelesco: los caracteres eran enérgicos, la imaginación vigorosa, la existencia misteriosa y callada. Arriésgabase entonces la cabeza yendo de noche en busca de una Eloisa, ya en torno de las paredes de un cementerio ó de un convento, ya al pié de las murallas de una ciudad junto á los fosos y cadenas de la plazuela, en barrios cerrados ó en calles estrechas y tenebrosas, madrigueras de ladrones y asesinos, y teatro de continuos combates á la trémula luz de un farol ó en medio de una oscuridad completa. Para darse á esta vida desordenada era preciso sentir un verdadero amor; para violar la universal costumbre se hacían necesarios grandes sacrificios. No solamente había que arrostrar peligros fortuitos y exponerse al golpe de la justicia, sino que faltaba además vencer en la propia persona el imperio de los hábitos comunes, la autoridad de la familia, la tiranía de los usos domésticos, la oposición de la conciencia, los terrores y los deberes del cristiano. Con todas estas dificultades se aumentaba la energía de las pasiones.

En 1788 no hubiera yo seguido á una miserable que por ganar el pan me ofreciera un lugar en su tugurio, puesto bajo la inspección de la policía; pero es probable que en 1606 me hubiese atrevido á dar remate á una aventura semejante á las que refiere Bassompierre con tan encantador estilo.

«Cinco ó seis meses hacia, dice el buen mariscal, que al pasar por el puentecillo (porque todavía no estaba entonces construido el puente nuevo) veía siempre á una linda modista, establecida en la tienda de *Los Dos Angeles*, hacerme grandes cortesías y seguirme con los ojos hasta que mas no podía. Desde que lo noté, la miraba yo tambien y la saludaba mas atentamente.

«Sucedió que una vez que pasé por el puentecillo, volviendo de Fontainebleau á París, en cuanto me vió llegar, salió á la puerta de la tienda, y me dijo: «Servidora vuestra, caballero.» La devolví su saludo, y mirándola de cuando en cuando, observé que me seguía con la vista hasta que desaparecí.»

De resultas obtiene Bassompierre una cita. «Encontré, dice, una hermosa mujer de veinte años, con un gorrito de dormir en la cabeza y una finísima camisa, un refajo de bayeta verde, chapines y peinador. Me gustó mucho. Le pregunté si podría volver á verla. «Si quereis que nos veamos otra vez, contestó, tendreis que ir á casa de una tia mia, que vive en la calle Bourg-l'Abbé, cerca del mercado, y en la esquina de la calle de los Osos, la tercera puerta entrando por la de San Martin; os aguardaré desde las diez has-

ta las doce de la noche, ó mas tarde si es menester, y dejaré la puerta entornada. Despues de entrar hay un callejon; pasadle aprisa, porque la puerta del cuarto de mi tia sale á él; mas allá encontrareis una escalera que os conducirá á este segundo piso.» Fui á las diez, y hallé la puerta designada; había mucha luz, no solo en el piso segundo, sino en el tercero y en el principal; pero la puerta se hallaba cerrada. Di un golpe para avisar que estaba allí; me contestó una voz de hombre preguntándome quién era, y entonces me escondí en la calle de los Osos. Volví á poco por segunda vez: encontré abierta la puerta, subí hasta el piso segundo, y vi que aquella luz era la paja de un gergon que estaba ardiendo, y que había dos cadáveres enteramente desnudos encima de la mesa del aposento. Entonces me retiré, no poco asombrado; al bajar tropecé con algunos *cuervos* (enterradores), los cuales me preguntaron qué se me ofrecía; pero yo eché mano á la espada y me abrí paso, volviendo á casa bastante conmovido por aquel inesperado espectáculo.»

Tambien yo he ido á inspeccionar aquel sitio con las señas escritas por Bassompierre hace doscientos cuarenta años. Pasé por el puentecillo, atravesé el mercado, y seguí por la calle de San Dionisio hasta la de los Osos, que se halla á mano derecha; la primera que desemboca en ella por el lado izquierdo es la de Bourg-l'Abbé. Su inscripcion, ennegrecida como por el tiempo ó un incendio, me hizo concebir buenas esperanzas. Encontré la tercera puertecilla desde la calle de San Martin: ¡tan fieles son las señas del historiador! mas al llegar allí vi desgraciadamente que habían desaparecido los dos siglos y medio que al principio creí encontrar. La fachada de la casa es muy moderna; y ni del cuarto principal, ni del segundo, ni del tercero salía resplandor ninguno. En las ventanas del último piso, abiertas en el atrio del edificio, había una guirnalda de capuchinas y guisantes de olor; en el piso bajo se ostentaban en una tienda de peluquero gran número de matas de pelo colgadas detrás de los vidrios.

Chasqueado así, entré en aquel museo de las modernas Eponinas. Desde la conquista de los romanos han acostumbrado las mujeres de las Galias á vender sus rubias trenzas á cabezas menos favorecidas por la naturaleza; y hoy todavía se las cortan mis paisanas de Bretaña en ciertos dias de feria, trocando el natural velo de su cabeza por un pañuelo de las Indias. Dirígeme á un seco individuo que estaba tejiendo una peluca con un peine de hierro, y le pregunté: «Caballero, ¿podré saber si habeis comprado el pelo de una modista jóven que vivía junto al puentecillo en la tienda de *Los Dos Angeles*?» El hombre se quedó embobado sin decir si ni no, y yo me retiré, pidiéndole mil perdones, por entre un laberinto de tupés de todas clases.

Discurrí en seguida de puerta en puerta; no parecia ninguna modista de veinte años que me hiciese grandes cortesías, ni había tal mujer franca, desinteresada y cariñosa, con *gorro de dormir*, *finísima camisa*, *refajo de bayeta verde*, *chapines* y *peinador*. Una vieja regañona, á quien faltaban pocos dias para ir á buscar sus perdidos dientes al seno de la tierra, me amenazó con pegarme con su muleta; quizás sería la tia del cuento.

¡Qué aventura tan bella es la de Bassompierre! No debe perderse de vista una de las razones que le pusieron en aptitud de inspirar una pasión tan decidida. Por aquella época se dividían todavía los franceses en dos clases muy marcadas, una dominante, otra casi reducida á la condicion de sierva. La modista estrechaba á Bassompierre entre sus brazos como á un semi-dios que se digna bajar al seno de una esclava; alucinábala él con su gloria, ilusión que no fascina á ninguna mujer del mundo, esceptuando á las francesas.

Pero, ¿quién podrá revelarnos las misteriosas causas de aquella catástrofe? ¿Era el cuerpo de la linda niña de *Los Dos Angeles* el que yacía sobre la mesa al lado de otro cadáver? ¿Qué cadáver era este? ¿Pertenece al marido, al hombre cuya voz oyó Bassompierre? ¿Había llegado la peste (porque á la sazón había peste en París), ó tal vez los zelos, á la calle de Bourg-l'Abbé antes que el amor? Gran campo ofrece á la imaginación semejante asunto. Combinense las invenciones del poeta con una cosa popular, con los sepultureros ó *cuervos*, y con la espada de Bassompierre, y saldrá de la aventura un magnífico melodrama.

Algunos se admirarán de mi castidad y mi buena conducta en París, en esa gran capital, donde me hallaba enteramente libre para hacer mi voluntad, como en la abadía de Thelemon, en que ningun monge obedecía mas ley que la de su capricho. Ello es cierto, sin embargo, que no abusé de mi independencia; las únicas relaciones que tenía eran con la susodicha cortesana de doscientos diez y seis años de edad, antigua amante de un mariscal de Francia, que fue rival del monarca bearnés con la señorita de Montmorency, y adorador de la señorita de Entragues, hermana de la marquesa de Verneuil, que tan mal habló de Enrique V. No sospechaba Luis XVI, á quien yo debía visitar, mis secretas relaciones con su familia.

Berlin abril de 1821.

PRESENTACION EN VERSALLES. — CACERÍA CON EL REY.

Llegó por fin el dia fatal en que tuve que marchar á Versailles, mas muerto que vivo. Salí para aquel sitio con mi hermano la víspera de mi presentación, y fui á parar á casa del mariscal de Duras, hombre sumamente distinguido, pero tan vulgar en su lenguaje, que toda su persona se resentía de cierto aire plebeyo, á pesar de sus finos modales. El buen mariscal me causó en medio de esto un miedo horrible.

A la siguiente mañana marché solo á palacio. Puede decirse que no ha visto nada el que no ha sido testigo de la pompa de Versailles, aun despues de haberse licenciado la antigua servidumbre: siempre estaba allí la sombra de Luis XIV.

Hasta que pasé la sala de guardias no hubo novedad notable; siempre me ha gustado el aparato militar, y nunca le he tenido miedo. Pero mis apuros empezaron así que entré en el *ojo de buey* y me vi rodeado de cortesanos que clavaban en mí la vista y se preguntaban mi nombre unos á otros. Para comprender la importancia que entonces tenía una presentación, debe recordarse el prestigio que acompañaba á la dignidad monárquica. Todo *debutante* llevaba consigo un misterioso destino, y cesaba de estar sujeto á ese trato, entre protector y despreciativo, que con la exquisita finura de modales constituía el imitable tono de la gente de alta categoría de la época. ¿Quién podía adivinar si aquel *debutante* llegaría á ser con el tiempo el favorito del amo? Respetábase, pues, en él la domesticidad futura con que acaso se vería honrado; en el dia acudimos á palacio con mas precipitación aun, y lo particular es que lo hacemos sin ilusión: un artesano, reducido á nutrirse con verdades, está muy cerca de morir de hambre.

Luego que anunciaron que el rey se había levantado, retiráronse todos los circunstantes, que aun no habían sido presentados; esto me infundió cierto impulso de vanidad, pues sin tener precisamente orgullo por quedarme, me hubiera costado alguna vergüenza el salir de allí en aquel momento. Abrióse la cámara del rey, y vi á S. M., segun era costumbre, acabando de vestirse, ó, lo que es lo mismo, tomando su sombrero de manos del primer gentil-hombre de servicio.

En seguida salió para ir á misa; yo hice una cortesía y el mariscal de Duras dijo: «Señor, el caballero de Chateaubriand.» Miróme el monarca, me devolvió mi saludo, y se quedó parado como si titubeara en dirigirme la palabra. Hubiera podido contestarle con serenidad; toda mi timidez se había desvanecido, y sin darme cuenta de lo que por mí pasaba, me parecía ya la cosa mas sencilla el hablar con el generalismo de los ejércitos, con el gefe supremo del Estado. Mas apurado el rey que yo, pasó de largo sin hallar una palabra que decirme. ¡Vanidad del destino humano! Aquel soberano, á quien por la primera vez veía entonces; aquel poderoso monarca era Luis XVI, seis años antes de subir al cadalso. Y el nuevo cortesano, á quien apenas concedió una mirada, destinado á rebuscar osamentas algun dia, despues de ser presentado con pruebas de nobleza al hijo de San Luis en medio de su pompa, debía serlo mas adelante á su ceniza con pruebas de fidelidad. ¡Tributo doble de respeto á la doble magestad del cetro y de la palma! Luis XVI podía responder á sus jueces como Cristo á los judíos: «Os he hecho testigos de muchas acciones buenas: ¿por cuál de ellas me lapidais?»

Queríamos ver á la reina cuando volviere de la capilla, y fuimos á apostarnos en la galería. No tardó en aparecer rodeada de una brillante y numerosa comitiva. Al pasar nos hizo una reverencia llena de dignidad; su rostro respiraba satisfacción y amor á la vida, y, sin embargo, ¡aquellas hermosas manos, que entonces sostenían con gracia sin igual el cetro de tantos reyes, debían zurcir, antes que las atase el verdugo, los harapos de la viuda, presa en los calabozos de la Conserjería!

Mi hermano había obtenido de mí un gran sacrificio; pero ya no estaba en su poder el obligarme á prolongarlo. En vano me suplicó que me quedase en Versailles para asistir por la noche á la partida de juego de la reina. «Dirán tu nombre á S. M., añadia, y te hablará el rey.» No podía darme razones mas fuertes para que huyera. Corrí á ocultar el esplendor de mi gloria en el cuarto de la fonda, congratulándome de haber salido de la corte, pero aterrado todavía con la perspectiva de la jornada en carruaje preparada para el 19 de febrero de 1789.

Un dia me avisó el duque de Coigny que me tocaba ir de caza con el rey á la selva de San German. Salí de madrugada hácia el lugar de mi suplicio con uniforme de *debutante*, compuesto de casaca gris, chupa y calzon encarnados, vueltas tiradas, botas á lo *escudero*, cuchillo de monte al cinto, y sombrero francés galoneado de oro. Cuatro *debutantes* nos reunimos en el palacio de Versailles; á saber: los dos señores de Saint-Marsault, el conde de Hautefeuille (1) y yo. El duque de Coigny nos dió algunas instrucciones para que cuidásemos de no cortar la caza, porque el rey se irritaba en extremo siempre que alguno se interponía entre su persona y la pieza. El nombre que llevaba el duque debía ser luego fatal á la reina: como punto de reunion, se designó la propiedad del Val, sita en la selva de San German, y empeñada por la corona al mariscal Beauveau. Era costumbre que las caballerizas del rey surtiesen de cabalgaduras á las personas presentadas al rey que por primera vez concurriesen con él á caza (2).

(1) Posteriormente he visto al señor conde de Hautefeuille, el cual se ocupa en la traduccion de algunos trozos escogidos de Byron; la señora condesa de Hautefeuille es la ingeniosa é instruida autora del *Alma desterrada*, etc.

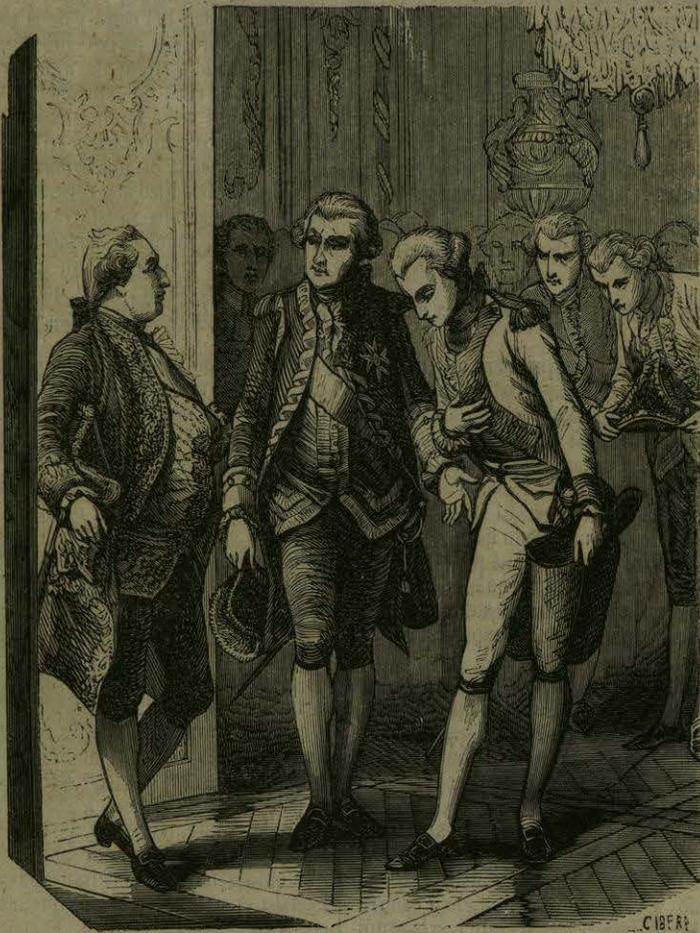
(2) En la *Gaceta de Francia* del martes 21 de febrero de 1787 se lee lo siguiente: «El conde Carlos de Hautefeuille, el baron de Saint-Marsault, el baron de Saint-Marsault Chatellillon, y el caballero de Chateaubriand, que anteriormente habían tenido el honor de ser presentados al rey, obtuvieron en 19 del corriente el de ocupar los carruajes de S. M. y acompañarle á caza.»

En cuanto se tocó llamada, corrieron los soldados á las armas, y dieron sus gefes las órdenes. Una voz gritó: — «El rey!» En seguida apareció este, y subió á su carruaje; imitámosle nosotros, y echamos á andar en los de la comitiva. Gran distancia había desde aquel paseo y aquella caza con el monarca francés hasta mis paseos y cacerías en los arenales de Bretaña y era todavía mayor respecto de mis cacerías y mis marchas con los salvajes de América; mi vida estaba destinada á ofrecer muchos contrastes de esta especie.

Llegamos por fin al punto de reunion, en donde ya nos aguardaban impacientes numerosos caballos, que los lacayos tenían sujetos del diestro al pié de los árboles. Animada era la escena que formaban los car-

ruajes parados en la selva y rodeados de guardias, los grupos de hombres y mujeres, las jaurias que con dificultad contenían los monteros, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y el sonido de las trompas. Las cacerías reales recordaban á la par las costumbres antiguas y modernas de la monarquía, los rudos entretenimientos de Clodion, Chilpercio y Dagoberto, y la galantería de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV.

Tenia yo la cabeza demasiado llena de reminiscencias de mis libros para no ver en todas partes condesas de Chateaubriand, duquesas de Etampes, Gabrielas de Estrées y señoritas de la Valliere y de Montespan. Mi imaginacion tomó históricamente aquella cacería, y se



EL MARISCAL DE DURAS DIJO:—SEÑOR, EL CABALLERO DE CHATEAUBRIAND.

entregó libremente á su vuelo; además estaba en una selva: me hallaba en mi propio terreno.

No bien me apeé del carruaje, presenté mi billete á los monteros. Habíanme reservado una jaca llamada *Feliz*, veloz pero sin boca, asustadiza y llena de antojos; imágen bastante fiel de mi fortuna, que sin cesar se vuelve contra mí empujando las orejas. Montó el rey, echó á andar, y los demás cazadores le siguieron por diversos caminos. Yo me quedé atrás, forcejeando con *Feliz* que no quería dejarse oprimir el lomo por su nuevo dueño; al fin logré afirmarme en la silla, pero la partida se hallaba ya distante.

Al principio sujeté sin gran trabajo á mi cabalgadura; obligada á acortar su galope, bajaba la cabeza, sacudía el freno salpicado de blanca espuma, y avanzaba dando saltos de costado; mas cuando se acercó al teatro de la cacería, ya no hubo medio de contenerla. De repente alargó el pescuezo, me echó abajo la mano sobre la crucera, y arrancando á escape se precipitó sobre un tropel de cazadores, deteniéndose solo al tropezar con la cabalgadura de una señora á quien por poco no derribó en medio de las carcajadas de los unos y de los gritos de terror de otros. He hecho inútiles esfuerzos para recordar el nombre de aquella se-

ñora que contesó con la mayor política á las palabras que la dirigí para escusarme. En lo restante del día no se habló mas que de la aventura del *debutante*.

Pero aun no habían concluido mis apuros. A la media hora de este percance iba atravesando una vereda abierta en la parte mas recóndita del bosque, y á cuyo extremo se hallaba un pabellon, cuando se me antojó ponerme á meditar sobre aquellos palacios disemina-

dos en las selvas, en conmemoracion del origen de los reyes *melenudos* y de sus misteriosos placeres. En esto suena un escopetazo; la *Feliz* se vuelve; métese bajando la cabeza por entre la maleza, y me lleva justamente al lugar en que acababa de caer el venado y de presentarse el rey.

Recordé entonces, aunque demasiado tarde, las recomendaciones del duque de *Coigny*: la maldita



CHATEAUBRIAND PRESENCIA LA TOMA DE LA BASTILLA.

Feliz tenía la culpa de todo. Me tiré al suelo, y conteniendo con una mano á mi yegua, me acerqué al rey quitándome el sombrero con la otra. Lanzóme el monarca una ojeada que le impuso de que un oscuro *debutante* había llegado antes que él á los alcances de la pieza; vióse, pues, precisado á hablar; pero en lugar de encolerizarse, me dijo con tono bonachon y soltando una ruidosa carcajada: «¡No ha resistido mucho!» Son las únicas palabras que me ha dirigido Luis XVI. Acudió gente de todas partes, y se quedó no poco sorprendida de verme *conversando* con S. M. El principiante Chateaubriand metió ruido con sus dos aventuras; pero no supo, como siempre le ha sucedido, sacar partido de su buena ni mala fortuna.

Después acorraló el rey á otros tres venados. Siendo costumbre que los *debutantes* no corriesen mas que la primera pieza, me fui al Val con mis compañeros á aguardar la terminacion de la cacería.

Cuando volvió el rey al Val, iba muy satisfecho refiriendo los lances de la jornada. Tomamos nuevamente el camino de Versalles, donde aguardaba á mi hermano una decepcion mayor; en lugar de ir á vestirme para concurrir al acto de descalzarse el monarca momento siempre de triunfo y de favor, me metí en mi coche y regresé á Paris, lleno de gozo al verme ya libre de mis honores y de mis incomodidades. En seguida manifesté á mi hermano la resolucion de volver á Bretaña.

Contento con haber dado á conocer su nombre, y confiando en llevar adelante con su presentacion los planes abortados por la mia, no opuso dificultad á la desaparicion de un pariente tan estravagante como yo (1).

(1) El *Memorial histórico de la Nobloza* ha publicado un documento inédito, anotado por mano del rey y sacado

Tales fueron mis primeras presentaciones en la ciudad y en la corte. La sociedad me pareció todavía más odiosa que me la había figurado; pero no me desanimó aunque me asustó; conocí vagamente que era yo superior á lo que había visto. Concebí una aversión invencible á la existencia cortesana, y esta aversión, ó por mejor decir este desprecio, es el que me ha impedido y me impedirá hacer camino, y el que acaso me hará caer desde el mas culminante punto de mi carrera.

Por lo demás, si es cierto que juzgué al mundo sin conocerle, tampoco me conocía el mundo á mí. Nadie adivinó lo que yo podía valer, ni entonces, ni cuando volví á París. Despues de haber adquirido mi triste celebridad, me han dicho mil personas.—«Si os hubiésemos conocido en vuestra juventud, seguramente habríais llamado nuestra atención.» Estas halagüeñas pretensiones son un efecto ilusorio de las reputaciones formadas. En su exterior todos los hombres se parecen; en vano nos dice Rousseau que poseia dos ojos encantadores; no es menos cierto por eso, y si no díganlo sus retratos, que tenía las trazas de un maestro de escuela ó de un zapatero de malas pulgas.

Para concluir de una vez con la corte, diré que despues de haber visitado la Bretaña y de fijarme nuevamente en París con mis hermanas menores Lucila y Julia, volví con mas empeño que nunca á mi solitaria vida. Preguntarán algunos cuáles fueron las consecuencias de mi presentación. No pasaron de ahí:—Qué, ¿no fuisteis á otra caza con el rey?—Lo mismo que con el emperador de la China.—¿No volvisteis á Versailles?—Llegué dos veces hasta Sevres, pero me faltó valor, y regresé á París.—¿No sacásteis ningún partido de vuestra posición?—Ninguno.—¿Pues qué hacíais?—Aburrirme.—¿Y no sentisteis ambición ninguna?—Si tal; á fuerza de intrigas y penalidades alcancé la gloria de insertar en el *Almanaque de las Musas* un idilio, cuya aparición estuvo á punto de matarme entre las esperanzas y temores. Hubiera dado todos los coches del rey por ser autor de la romanza: ¡Oh tierna gaita mía! ó de la otra que empieza *De mi pastor voluble*.

Capaz de todo cuando se trata de los demás, y enteramente inútil para mi propio adelanto, tal es mi carácter.

París junio de 1821.

UNA TEMPORADA EN BRETAÑA.—GUARNICION DE DIEPPE.
—REGRESO Á PARIS CON LUCILA Y JULIA.

El libro precedente ha sido escrito en Berlin. He regresado á París para asistir al bautizo del duque de Burdeos, y he hecho dimision de mi embajada por fidelidad política á Mr. de Villele, el cual ha salido del ministerio. Ahora que he vuelto á quedar sin ocupaciones, escribamos. A medida que van llenándose estas *Memorias* de mis pasados años, me representan estos el globo inferior de un reló de arena, el cual me marca el polvo de mi vida que ha caído ya: cuando haya concluido de bajar toda la arena, no volvería á llenar mi reló de vidrio, aun cuando me diese Dios poder para ello.

La nueva soledad que fui á habitar en Bretaña despues de mi presentación no se parecía á la de Combourg: no era tan completa, ni tan grave, y para decirlo de una vez, ni tan forzada tampoco: estaba en

de los archivos del reino, seccion histórica, registro. M. 810. legajo M. 814: contiene las *Entradas*, y en él se encuentran mi nombre y el de mi hermano, probando que no me engañó mi memoria al citar estas fechas.

(Nota de París de 1840)

mi mano el dejarla cuando me viniese á las mientes, y perdía por lo tanto todo su valor. Una vieja castellana llena de pergaminos, y un viejo baron muy pagado de sus timbres, que guardaban en su vivienda feudal á su última hija y á su último hijo, ofrecían eso que llaman los ingleses *caracteres*: la vida que se hacía en ella no tenía nada de provincial ni de encogida porque no era la vida comun.

La sociedad mas selecta de la provincia en que vivían mis hermanas se hallaba en medio de los campos: las diversiones y los bailes iban alternando de castillo en castillo, y se representaban algunas farsas, de las cuales era yo á veces un pésimo actor. En invierno era preciso resignarse á sufrir en Tongrés la sociedad, los bailes, las reuniones y los convites de una ciudad de corta poblacion, y yo no podía, como en París, dejar de asistir á todas estas cosas sin ser notado.

Mi estancia en la corte y la vida militar contribuyeron mucho por otra parte á que se verificara un notable cambio en mis ideas: á despecho de mis naturales inclinaciones, sentía interiormente una fuerza desconocida que me hacía rebelar contra la oscuridad, y que me excitaba á salir de ella. Julia detestaba la provincia con toda su alma, y el instinto del genio y de la belleza impelían á Lucila hácia un teatro mas vasto.

Sentía, pues, en mi existencia un malestar, el cual me indicaba que no seguía la senda trazada por mi destino.

Con todo, siempre conservaba mucha afición al campo, y el de Marigny era delicioso (1). Mi regimiento había cambiado de residencia; el primer batallón se hallaba de guarnicion en el Havre, y el segundo en Dieppe: mi presentación á la corte había hecho de mí todo un personaje. Cobré afición á mi oficio, y trabajaba con un gusto especial en enseñar los giros y el manejo del arma á los reclutas que habían sometido á mi cargo, y á quienes llevaba á hacer el ejercicio á la orilla del mar, el cual ha sido siempre el fondo del cuadro de todas las escenas de mi vida.

La Martiniere no hacía caso en Dieppe ni de su homónimo *Lamartiniere* ni del P. Simon, que escribía contra Bossuet, Port-Royal y los Benedictinos; ni del anatomista Pecquet, á quien Mad. de Sévigné llamaba el pequeño; pero Lamartiniere, en cambio, estaba enamorado en Dieppe, como lo estaba en Cambray; andaba bebiendo los vientos por una robusta *cauchoise* (paloma), cuya escofieta y moño tenían una toesa de altura, y la cual había pasado ya de la primavera de su juventud. Por una rara coincidencia llevaba el apellido Cauchie, y sería nieta probablemente de aquella hija de Dieppe, llamada Ana Cauchie, que tenía en 1645 ciento cincuenta años.

En 1647, Ana de Austria, que contemplaba como yo la mar desde las ventanas de su habitacion, se entretenía en mirar cómo se consumían los brulotes para divertirla. Había fiado á los pueblos que fueron fieles á Enrique IV la custodia del joven Luis XIV, y los colmaba de bendiciones, á pesar de su maldito lenguaje normando.

Aun existían en Dieppe algunas de las pechas feudales que había visto yo pagar en Combourg: el plebeyo de Bauquelin tenía que pagar tres cabezas de cerdo con una naranja entre los dientes cada una, y tres sueldos de la moneda mas antigua conocida.

De Dieppe fui á pasar un semestre á Tongrés, donde campaba por su respeto una noble señorita, llamada de La Belinaye, y tia de aquella condesa de Tronjoli, de la cual he hecho ya mencion. Una amable fea hermana de un oficial del regimiento de Condé, fue quien

(1) Marigny ha cambiado mucho desde la época en que vivía en él mi hermana. Despues fue vendido, y pertenece actualmente á los señores de Pomereul, los cuales lo han reedificado y embellecido bastante.

se captó mi admiracion; yo no hubiera podido ser asaz temerario para elevarme hasta la belleza, porque únicamente las imperfecciones de la mujer eran las que me animaban á arriesgar con ella un respetuoso homenaje: Mad. de Tarcy, que estaba la mayor parte del tiempo enferma, resolvió abandonar á Bretaña, y decidió á Lucila á que la siguiera; Lucila venció á su vez mi repugnancia, y todos nos pusimos en marcha para París: dulce asociacion de los tres pájaros mas jóvenes de la pollada.

Mi hermano se había casado ya, y vivía en casa de su suegro, el presidente de Rosambo, calle de Bondy. Nosotros acordamos alquilar una casa próxima á la que habitaba este, y por mediacion de Mr. Delisle de Sales el cual se hallaba alojado en los pabellones de San Lázaro, al extremo del arrabal de Saint-Denis, tomamos una habitacion en estos pabellones:

París junio de 1821.

DELISLE DE SALES.—FLINS.—VIDA DE UN LITERATO.

Mad. de Tarcy tenía, no sé por qué, bastante familiaridad con Delisle de Sales, el cual estuvo encerrado en Vicennes por algunas bagatelas filosóficas. En aquella época se hacía cualquiera un gran personaje emborronando cuatro líneas en prosa ó insertando una redondilla en el *Almanaque de las Musas*, Delisle de Sales, hombre galante en extremo, y una medianía en toda la extension de la palabra, era un grande holgazán que dejaba correr sus años sin hacer alto en ello: este escritor había sabido formarse una biblioteca con sus obras, que trocaba por otras en el extranjero, y que nadie leía en París. Todos los años por la primavera iba á hacer su acopio de ideas á Alemania. Era grueso, andaba casi siempre desabrochado, y llevaba constantemente asomando por el bolsillo un gran rollo de papel mugriento, en el cual se paraba á escribir en medio de la calle cualquiera idea que le ocurría al vuelo. En el pedestal de su busto de mármol se veían escritas de su propio puño estas palabras, plagadas al busto de Buffon: *Dios, el hombre, la naturaleza, todo lo he explicado*. ¡Delisle de Sales haberlo explicado todo! Estos orgullos causan á la vez lástima y risa: pero infunden tambien el desaliento. ¿Quién puede lisonjearse efectivamente de tener un talento verdadero? ¿No podemos estar nosotros sometidos al imperio de una ilusion semejante á la de Delisle de Sales? Cualquiera cosa apostaría á que hay autor que se cree hombre de genio al leer esta frase, y sin embargo no es mas que un zote.

Si me he extendido demasiado acerca del habitante de los pabellones de San Lázaro, ha sido porque él fue el primero que conocí y el que me introdujo en la sociedad de los otros.

La presencia de mis dos hermanas en París lo hacía para mí menos insoportable, y mi inclinacion al estudio contribuía tambien mucho á ello. Delisle de Sales me parecía una águila. En su casa fue donde conocí á Carbon Flins de los Oliviers, el cual se enamoró de Mad. de Tarcy. Esta se burlaba de él muy á las claras; pero no se daba por incomodado, porque la echaba de hombre corriente y de mundo. Flins me hizo conocer á su amigo Fontanes, que llegó despues á serlo mio.

Hijo Flins de un fontanero de Reims, había recibido una educacion descuidada; pero su espíritu estaba regularmente cultivado, y á veces revelaba hasta talento. Dificilmente podría hallarse un hombre mas feo: era pequeño y abotargado; tenía ojos grandes y saltones, cabellos encrespados y dientes sucios, y á pesar de todo esto su facha no era de las mas innobles. Su método de vida, que era igual sobre poco mas ó me-

nos al que hacían en aquella época todos los literatos de París, merece ser referido.

Flins habitaba en una casa de la calle de Mazarino, situada muy cerca de Laharpe, que vivía en la calle de Guénégaud. Tenía á su servicio dos saboyanos, transformados en lacayos en virtud de una casaca de librea, los cuales le acompañaban por la noche y le anunciaban en su casa por la mañana las visitas. Flins solía ir frecuentemente al teatro francés, situado entonces en la plazuela del Odeon, y famoso principalmente por la comedia. Brizard acababa de retirarse; Talma empezaba por el contrario á sobresalir, y Larive, Saint-Phal, Fleury, Molé, Dazincourt, Dugazon, Grandmesnil, y Mads. Contat, Saint-Val, Desgarcins y Olivier se hallaban en el mayor brillo de su talento, mientras que Mlle. Mars, hija de Monvel, se disponía para debutar en el teatro Montansier. Las actrices protegían á los autores, y en algunas ocasiones solían labrar su fortuna.

Flins, á quien su familia pasaba una cantidad muy corta para alimentos, vivía de prestado. Cuando llegaban las vacaciones del parlamento, empeñaba las libreas de sus saboyanos, sus dos relojes, sus sortijas y su ropa blanca; pagaba con el importe del empeño lo que debía, se marchaba á Rennes, permanecía allí tres meses, regresaba á París, sacaba sus prendas del Monte de Piedad con el dinero que le había dado su padre, y empezaba de nuevo la rueda de su vida, siempre alegre y bien recibido en todas partes.

París junio de 1821.

ESCRITORES.—RETRATOS.

En el discurso de dos años que pasaron desde que me establecí en París hasta la apertura de los Estados Generales, fue creciendo aquella sociedad. Yo sabía al dedillo las elegías del caballero de Parny, y no las he olvidado todavía. Un día le escribí pidiéndole permiso para visitar al poeta, cuyas obras me encantaban, y habiéndome contestado con finura y amabilidad, fui á verlo á su casa, en la calle de Clery.

El caballero de Parny era un hombre joven todavía, de buen tono, flaco y pecoso de viruelas. Devolvíome la visita, y yo lo presente á mis hermanas. Gustaba poco de la sociedad, de la cual se retiró despues completamente por entregarse á la política: entonces era del antiguo partido. No he conocido un escritor mas semejante á sus obras: poeta y criollo, no le hacía falta mas que el cielo de la India, una fuente, una palmera y una mujer. Temía el bullicio del mundo, hacía todo lo posible por pasar la vida ignorado, lo sacrificaba todo á su pureza, y solo se veía vendido en su oscuridad por los placeres que inspiraba al pulsar su lira.

Que notre vie hereuse et fortunée
Coule, en secret, sous l'aile des amours,
Comme un ruisseau qui, murmurant á peine
Et dans son lit resserrant tous ses flots,
Cherche avec soin l'ombre des arbrisseaux,
Et n'osé pas se montrer dans le plaine.

«Que nuestra vida feliz y afortunada corra en secreto bajo las alas de los amores, como un arroyuelo, que no dejando oír apenas su suave murmullo, cuando se ve obligado á estrechar su caudal un angosto cauce, procura ir á ocultarse bajo la sombra de los arbustos, sin atreverse nunca á mostrarse en la llanura.»

La imposibilidad que sentía de sustraerse á su indolencia fue la que convirtió al caballero de Parny, de furioso aristócrata que era, en miserable revolucionario, en detractor de la religion perseguida y de los sacerdotes que iban al cadalso, al paso que el

indujo á comprar su reposo á cualquier precio, y á prestar á la musa que cantó á Eleonora el lenguaje de aquellos sitios donde Camilo Desmoulins iba á negociar sus amores.

El autor de la *Historia de la literatura italiana*, que tomó parte en la revolucion despues de Chamfort, trató de hacerse amigo de mi familia, pretextando ese parentesco que tienen todos los bretones entre sí. La reputacion de Guinguene en el mundo estribaba en una pieccecita en verso, escrita con bastante gracia y titulada: *La Confesion de Zulmé*, la cual le valió un mezquino empleo en las oficinas de Mr. Necker. Despues de esta escribió otra sobre su entrada en la intervencion general. No me acuerdo quién era el que disputaba á Guinguene su título de gloria por *La Confesion de Zulmé*; pero el hecho es que la merecia.

El poeta de Rennes conocia bastante bien la música, y hacia algunas romanzas. De modesto y humilde que era, vimos crecer su orgullo á medida que iba contrayendo relaciones con cualquier persona notable. En tiempo de la convocatoria de los Estados Generales, Cnamfort lo empleó en emborronar artículos para los periódicos y discursos para los clubs: en este oficio hizo proezas. En la primera federacion decia: « ¡He aquí una gran cabeza! Para iluminarla mejor deberian quemarse cuatro aristócratas en los cuatro ángulos del altar. » No era él, sin embargo, el que habia tomado la iniciativa en estos deseos; Luis d'Orleans, partidario de la Liga, habia escrito mucho tiempo antes que él, en su *Banquete del conde d'Arete*, « que era preciso atar á los ministros protestantes al árbol de fuego de San Juan, formando haces con ellos, y poner al rey Enrique IV en el mismo sitio donde se acostumbraba á colocar á los gatos. »

Guinguene supo anticipadamente los asesinatos revolucionarios que se proyectaban, y avisó por medio de su esposa á la mia y á mis hermanas de los que debian tener lugar en los Carmelitas, ofreciéndoles su casa para refugiarse. Vivian aquellas en el callejon de Féron, lugar muy próximo al sitio de la catástrofe.

Despues del terror llegó á hacerse Guinguene gefe casi absoluto de la instruccion pública; entonces fue cuando cantó, en *El Cuadrante azul*, *El Arbol de la libertad*, con la música de *Yo le planté, yo vi brotar sus hojas* etc. Pareció lo bastante cándido en filosofia para agraciarse con una embajada cerea de uno de aquellos monarcas á quienes se iba á destronar. Desde Turin escribió á Mr. de Talleyrand que habia vencido una preocupacion, y era que habia logrado que recibiesen á su mujer en la corte, vestida con un *pet-en-l'air*. De la medianía pasó á darse importancia; de darse importancia á parecer tonto, y de parecer tonto á ponerse en ridículo. Acabó sus dias distinguiéndose literariamente como crítico, y siendo (esto es mejor) un escritor independiente de *La Década*: la naturaleza le habia repuesto en el lugar de donde estemporáneamente le sacó la sociedad. Su ciencia es de segunda mano; su prosa pesada; su poesia correcta, y agradable algunas veces.

El poeta Lebrun era amigo de Guinguene. Protegíale este, como un hombre de talento y que conoce el mundo protege la simplicidad de un hombre de genio: Lebrun, en justa recompensa, derramaba los rayos de su inteligencia sobre la cima á que se habia encaramado Guinguene. Nada mas cómico que el papel representado por aquel par de compadres, que, merced á un ingrato comercio, se tributaban todos los servicios que tributarse pueden dos hombres superiores que cultivan géneros diversos.

Lebrun era ni mas ni menos que un caballero de industria del emperio; su profusa locucion era tan fria, como glaciales sus arrebatos. Su Parnaso, aposento vecino del cielo en la calle de Montmartre, presentaba por todo mueblaje algunos libros revueltos sobre el

suelo, un catre de tijera, cuyas cortinas, formadas con dos servilletas puercas, pendian de unas varillas de hierro enmohecido, y la mitad de un cántaro de agua, arimado á un sillón sin asiento. Y es lo mas notable que Lebrun podia gozar de algunas comodidades; pero se habia hecho avaro y entregábase á mujeres de mala vida.

En la cena á la *antigua* que dió Mr. de Vandreil, representó nuestro poeta el papel de Píndaro. En sus poesias líricas hay algunas estrofas enérgicas y elegantes, y especialmente en la oda sobre el naufragio del *Vengador*, y en la que lleva por título *Las Cercanías de Paris*. Sus elogios son produccion de la cabeza, y rara vez del alma; hay en ellas una originalidad rebuscada y no la originalidad natural: nada crea sino á fuerza de arte, y se ve que lucha para trastornar el sentido de las palabras y confundirle en alianzas monstruosas. Lebrun no tenia talento verdadero, á no ser para la sátira: su epístola *sobre las chanzas de bueno y mal género*, gozó de merecido renombre. Algunos epigramas suyos deben colocarse detrás de los de Juan Bautista Rousseau: Laharpe era el que principalmente le inspiraba. Y todavía debe hacerse la justicia de decir que fue independiente bajo la tiranía de Bonaparte, y que ha legado á la posteridad versos sangrientos contra el opresor de nuestras libertades.

Pero el literato mas bilioso de cuantos conocí en Paris por aquella época era sin contradiccion Champfort: atacado de la enfermedad que dió origen á los jacobinos, á ningun hombre sabia perdonar la casualidad de su cuna; faltaba á la confianza en las casas en que se le recibia, y creia que el cinismo de su lenguaje era una pintura fiel de las costumbres de la corte. No podian negársele ingenio ni talento; pero eran uno y otro de esos que no llegan á la posteridad. Cuando vió que con la revolucion no conseguia nada, volvió contra sí mismo las manos que contra la sociedad habia levantado. El gorro encarnado pareció á su orgullo otro distintivo de la nobleza, cuyos corifeos eran Marat y Robespierre. Enfurecido al tropezar con la desigualdad de condiciones hasta en aquel mundo de dolores y de lágrimas; condenado á ser bajo la feudalidad de los verdugos un *villano* como antes, quiso matarse para sustraerse á la superioridad del crimen; pero no consiguió ni aun esto: la muerte se rie de los que la llaman confundíendola con la nada.

Al abate Delille no le conocí hasta que fui á Londres en 1798, ni he visto en mi vida á Rulhiere, que vive por Mad. de Egmont, y que la hace sobrevivir; ni á Palissot, ni á Beaumarchais, ni á Marmontel. Tampoco me he encarado nunca con Chenier, el cual me ha atacado mucho, á quien jamás he respondido, y cuya silla en el Instituto debia producir una de las crisis de mi vida.

Cuando leo á la mayor parte de los escritores del siglo xviii, me asombro del ruido que matieron y de la admiracion que un dia les profesé, y sea porque la lengua haya adelantado ó porque haya retrocedido, sea porque hayamos caminado hácia la civilizacion ó porque hayamos vuelto á la barbarie, es lo cierto que los autores que fueron la delicia de mi juventud me parecen hoy igualmente viejos, pesados, embadurnados, exánimes y frios. Aun en los mas grandes escritores de la época volteriana noto trozos pobres en pensamiento, en ideas y en estilo.

¿A quién he de achacar este error de cuenta? Temo sea yo uno de los primeros culpables; innovador desde la cuna, tal vez he comunicado á las modernas generaciones la enfermedad que me aquejaba. Y en vano grito aterrado á mis hijos: « No olvidéis el francés. » Me contestan, como el Lemosino á Pantagnel, « que vienen de la *alta*, *inclita* y *célebre academia*, *nombrada Lutecia*. »

No es nueva, como por aquí se ve, esta manía de helenizar y latinizar nuestra lengua; Rabelais la curó,

pero volvió á aparecer con Ronsard, y Boileau tuvo que atacarla. En nuestros dias la ha resucitado la ciencia: nuestros revolucionarios, grandes empiricos por su naturaleza, han obligado á los mercaderes y á los aldeanos á adoptar los héctares, los hectólitros, los kilómetros, los milímetros y los decágranos; la política se ha *ronsardizado*.

Hubiera podido hablar aquí de Mr. de Laharpe, á quien conocí entonces, y á quien citaré mas adelante; hubiera podido tambien añadir el retrato de Fontanes á mi galeria; pero aunque mis relaciones con este hombre excelente comenzaron en 1789, en Inglaterra fue donde trabé con él esas relaciones de amistad que fueron siempre creciendo con la adversa fortuna, y nunca se disminuyeron con la próspera; mas tarde hablaré de él con toda la efusion de mi corazon. Fuerza me será pintar sus talentos, que ya no sirven de consuelo á la tierra. Acaeció la muerte de mi amigo precisamente cuando el orden de mis recuerdos me conducía á describir los principios de su vida. Nuestra existencia corre tan aprisa, que si no escribimos por la noche los acontecimientos de la mañana, nos abruma al trabajo y no nos queda tiempo para darle á luz, y esto sin embargo no impide que malgastemos nuestros años y que diseminemos en el viento esas herositas para el hombre las semillas de la eternidad.

Paris junio de 1821.

LA FAMILIA DE ROSAMBO.—MR. DE MALESHERBES; SU PREDILECCION Á LUCILA.—APARICION Y TRANSFORMACION DE MI SÍLFIDE.

Aunque mis inclinaciones y las de mis dos hermanas me lanzaron en medio de aquella sociedad literaria, por nuestra posicion teniamos que concurrir á otra, cuyo centro fue naturalmente la familia de la esposa de mi hermano.

El presidente Pelletier de Rosambo, que con tanto valor murió luego, era cuando yo llegué á Paris un modelo de superficialidad y ligereza. El trastorno completo que reinaba en los ánimos y en las costumbres aparecia por aquella época como síntoma de una revolucion próxima. Los magistrados se ruborizaban de vestir la toga, y ponian en ridículo la gravedad de sus padres. Los Lamignon, los Molé, los Segnier y los Aguesau no querian ya juzgar, sino combatir. Las esposas de los presidentes cesaban de ser venerables madres de familia, y salian de sus lóbregos palacios para convertirse en mujeres de brillantes aventuras. El predicador que subia al púlpito cuidaba de no pronunciar el nombre de Jesucristo, y hablaba solo del *legislador de los cristianos*, y los ministros se derroocaban unos sobre otros, porque el poder se escapaba de todas las manos. Lo mas refinado del buen tono consistia en ser americano en la ciudad, inglés en la corte y prusiano en el ejército; en serlo todo, excepto francés. Cuanto se hacia y decia era una serie de inconsecuencias. Queríase conservar la clase de abates comanditarios; y se rechazaba á la religion: nadie podia ser nombrado oficial sin ser noble, y se prorumpia en invectivas contra la nobleza: en los salones se introducía la igualdad, y en los campamentos los palos.

Mr. de Malesherbes tenia tres hijas; á saber: las señoras de Rosambo, de Aulnay y de Montboissier, y daba la preferencia á la primera, á causa de la conformidad de sus opiniones. Las hijas del presidente Rosambo eran otras tres; por este orden: la señora de Chateaubriand, la de Melhay y la de Tocqueville; pero en esta familia habia además un hijo, que luego ha enaltecido la brillantez de su espíritu con la perfeccion cristiana. Complaciase Mr. de Malesherbes en rodearse de sus hijos, sus nietos y sus biznietos, y mas

de una vez le he visto á principios de la revolucion llegar á casa de Mad. de Rosambo con la cabeza caiente á fuerza de hablar de política, quitarse la peluca y tumbarse sobre la alfombra del cuarto de mi cuñada para hacerse allí objeto de los estrepitosos juegos de los niños. Hubiera sido un hombre nada distinguido por sus modales á no haber tenido cierta impetuosidad de movimientos que le salvaba de la vulgaridad; á la primera frase que de su boca salia descubriase en él al hombre que llevaba un nombre antiguo y al magistrado superior. Sus naturales virtudes participaban de un tanto de afectacion, merced á la filosofia que con ellas se mezclaba. Aparecian en él á primera vista la ciencia, la probidad y el valor; pero era tan ferviente y apasionado, que un dia me dijo, hablando de Condorcet: « Ese hombre ha sido amigo mio, y sin embargo, hoy no tendria escrúpulo alguno en matarle como á un perro. » Las oleadas de la revolucion le suicidaron, y su muerte fue causa de su gloria. El mérito de aquel grande hombre no habria traspasado si no hubiese sido con el auxilio de la desgracia. Asi cuentan de un noble veneciano, que habiendo perdido sus títulos, los volvió á encontrar viniéndose abajo su palacio, cuyos fragmentos le quitaron la vida.

La franqueza del trato de Mr. de Malesherbes me hizo hablarle con toda libertad; le parecí dotado de alguna instruccion, y este fue nuestro primer punto de contacto: la botánica y la geografia fueron el principal asunto de nuestras conversaciones. En una de ellas concebí la idea de hacer un viaje á la América del Norte para descubrir el mar visto por Hearne, y posteriormente por Mackenzie (1). Tambien estábamos de acuerdo en materias políticas; los sentimientos generales que dieron márgen á nuestras primeras turbulencias cuadraban con la independencia de mi carácter, y la natural antipatia que la corte me inspiraba daba fuerza á aquella inclinacion primera. Defendia, pues, á Mr. de Malesherbes y á Mad. de Rosambo contra el marido de esta y contra mi hermano, á quien pusieron el apodo de Chateaubriand el *Rabioso*. Si la revolucion no se hubiese inaugurado con crímenes, me habria arrastrado consigo; pero vi la primer cabeza enhiesta en la punta de una lanza, y retrocedí. Nunca será el asesinato un objeto de admiracion ni un argumento de libertad para mí, ni conozco nada mas servil, mas despreciable, mas cobarde y mas estúpido que un terrorista. Qué, ¿no he visto por ventura á toda esa raza de Brutos franceses, puesta al servicio de César y de su policia? Los niveladores, los regeneradores, los degolladores se transformaban en ayudas de cámara, en espías y en sicofantas, cuando no se erigian, menos naturalmente aun, en duques, condes ó barones. ¡Qué semejanza á la edad media!

Pero lo que mas me hizo adherirme al ilustre anciano fue la predileccion que le inspiraba mi hermana. A pesar de la timidez de la condesa Lucila, conseguimos, con el auxilio de un poco de Champagne, que hiciese un papel en una pieccecita casera, que se representó con motivo del cumpleaños de Mr. de Malesherbes, y supo enternecerle tanto, que casi volvió el seso al grande hombre. Influyó todavía mas que mi hermana en que Lucila pasase de la comunidad de Argentieres á la de Remiremont, donde se exigian pruebas rigurosas y difíciles de diez y seis cuarteles. Aunque filósofo, defendia Mr. de Malesherbes con sumo calor el principio de la nobleza.

Conviene extender al espacio de unos dos años esta descripcion de los hombres y de la sociedad cuando aparecí en el mundo; es, á saber, desde la clausura de la primera asamblea de notables en 25 de mayo de 1787, hasta la inauguracion de los Estados Gene-

(1) En los últimos años han navegado en él el capitán Francklin y el capitán Parcy.